

“ Creí y creo en Jesús de Nazaret y en los pobres”

FERNANDO CARDENAL, SJ – “RECÉS A LA CIUTAT” SEMANA SANTA 2008

PRIMERA CHARLA – MIÉRCOLES SANTO 18 de Marzo de 2008, 19h.

Buenas noches a todas, a todos. Con mucho gusto, voy a abordar este tema de mi testimonio porque es la forma de dar gloria a Dios por las cosas que Él ha hecho en mi vida. No he sido yo, sino que Él ha puesto las fuerzas principales.

Yo hice mi carrera jesuítica en América Latina. Todos mis estudios (hice tres carreras) los hice en América Latina. Yo tenía una formación muy completa de cuál era la situación de los pobres en América Latina a través de documentos que me llegaban. Porque estudié en países donde había una mayoría de indígenas, por ejemplo Méjico, Ecuador, Perú. Pero yo no tuve contacto con los pobres de aquellos países. La información se me quedó en el cerebro, no bajó a mi corazón, mi vida no cambió, me seguí dedicado a lo único que hacíamos entonces los jóvenes, estudiar, estudiar y seguir estudiando, sin mayor contacto con la realidad latinoamericana en la cual estábamos viviendo. Al final de mis estudios tenía que hacer el curso que hacíamos los jesuitas que se llama Tercera Probación, que es una especie de noviciado al final para fortalecer la vida espiritual, por si acaso se ha descuidado un poco por la intensidad de los estudios. En Centroamérica no teníamos ese curso, mis compañeros venían todos aquí, al estado español, a hacer ese curso. A mí me hacía mucha ilusión, no había estado en Europa nunca, tenía ilusión de conocer España, también pensaba que después del curso podría pasar por Roma, con todo lo que ofrecía Roma, en el aspecto religioso, el Vaticano... También yo hice una licenciatura en humanidades clásicas, conocía la literatura y la historia de Roma, tenía ilusión de ver Roma, también pensaba que tal vez podría pasar por París, otra cosa que se añadía al hecho de hacer mi Tercera Probación en España.

Me vino una información para mientras, que yo estoy seguro que fue una obra de Dios. Me vino la información de que en Colombia, en la ciudad de Medellín, los jesuitas colombianos habían trasladado el curso de la Tercera Probación de la ciudad de “Llaceja”, un lugar bellissimo entre jardines y paisajes, con un edificio muy cómodo, lo trasladaban de allí por obra del padre Miguel Elizondo, que en paz descansa, que era el instructor de esta Probación, y que la trasladó a un barrio marginado en la ciudad de Medellín, en las afueras. Allí se hacía el curso que duraba nueve meses y yo que estaba ya para venir a España, que me llenaba de ilusión, estoy seguro que fue la voz del Señor que me dijo: “Ve allá”. Allí no estaba España, no estaba Europa, no estaba Roma, no estaba París... estaban los pobres. Nueve meses conviviendo con los pobres. La voz del Señor fue eficaz y pedí al Padre Provincial de Centroamérica ir a hacer mi Tercera Probación, como cosa especial, a Colombia porque quería tener una experiencia de vida con los pobres.

Me fui para allá, éramos un grupo de 10 o 12 jesuitas allí, en las casitas igual a las del barrio, tres casitas unidas por dentro. Y de esa forma se formó la comunidad, una comunidad pequeñita, donde tuvimos distintos trabajos. A mí me tocó, entre otras responsabilidades, comprar el pan. En el barrio no había pan, tampoco había energía eléctrica, el agua llegaba escasamente, no había farmacias, medicinas, no había escuela, no había de nada más que pobreza y miseria. Entonces el primer día salgo yo a cumplir mi obligación; estaba en una loma bajando del barrio, buscando en el vecindario donde podía haber pan. Compro una buena bolsa de pan y comienzo a subir hacia mi comunidad. En el camino me fui encontrando con niños y niñas muy pobres, con el hambre dibujada en sus caritas, que me pedían un poquito de pan. Yo no les podía decir: «este pan es para unos santos padres jesuitas que están haciendo un curso muy importante». Yo hice lo que cada uno de ustedes; un trozo para cada uno de ellos mientras iba subiendo. Total, cuando llegué a nuestra comunidad ya no había pan, se quedó en el camino. Entonces yo les digo a mis compañeros: «ustedes tienen que tomar una decisión muy importante, o nombran a otro comprador o deciden no comer pan. Yo no puedo traer pan entre niños con hambre». Decidieron no comer pan, porque tampoco ninguno de nuestros compañeros se decidió a ir a comprar pan. Entonces hablando de comida me di cuenta de lo siguiente. Mis vecinos todos eran desempleados, todos, con alguna excepción, por ejemplo la muchacha que nos cocinaba a nosotros, trabajaba, pero únicamente ella y pocos más. Y todos ellos comían normalmente lo mismo. ¿Qué

comían? Maíz, pero no en una forma blanda como plato, si no en una forma redonda como una bola de tenis llamada *areta*, luego tomaban una taza de agua caliente y había unos ladrillos, una especie de ladrillos de azúcar negro. Con un cuchillo rascaban sobre la taza el azúcar. Entonces ¿qué comían?: maíz y agua caliente con azúcar, casi todos los días. Ocasionalmente caía alguna otra cosa pero esa era la comida ordinaria. Por supuesto que todo eso, esos conocimientos, se fueron haciendo para mí hechos que me volteaban por una razón muy sencilla: yo me fui encariñando con la gente del vecindario y entonces sus sufrimientos se fueron haciendo mis sufrimientos.

Recuerdo el día que después del desayuno salgo a la puerta de mi comunidad, enfrente está la familia Jarana, era una pareja, siete niños, que me acompañaban por todo lugar donde yo fuera. Cuando salía se me unían todos. Iba a decir misa a una parte baja, entonces uno llevaba el misal, otro las ostias, otro el vino, los ornamentos, los siete eran mi apoyo a donde yo fuera. Abro la puerta de nuestra comunidad y me encuentro que los niños Jarana están comiendo de nuestra basura. Fue un golpe muy fuerte. Yo les tenía cariño a esos niños. A mí lo que más me dolió fue que nosotros ya habíamos desayunado, vivíamos en casas como ellos, pero comíamos mejor. Nosotros nos alimentábamos bien, sencillo pero bien y darse cuenta... y veo a esos niños comiendo basura. Era un golpe que lo fui teniendo continuamente a lo largo de esos días.

Yo escuchaba las ideas de una jovencita que me contaba sus ilusiones, sus sueños, lo que ella quería hacer con su vida... Y ese día ella llega a mi casa y me dice que llega a despedirse. Le digo «¿para donde vas?» Me dice «voy al centro de Medellín». «Y ¿qué vas a hacer allá?» Me dice «me voy a dedicarme a la prostitución». Otro golpe fuertísimo, fuertísimo. Yo le tenía cariño. «¿Eso vas a hacer con tu vida?» Me dice «pero salgo de este barrio». Y le digo «pero ¡vas a destrozar tu dignidad de mujer!» Y comienzo a hablarle en estos términos pero veo que ella ya no capta lo que yo estoy diciendo. Me doy cuenta de que yo llegué a elaborar el concepto de dignidad de la persona humana en mi casa, en mi escuela, pero que ella en la miseria en la que había vivido no había tenido experiencias que llevaran a su cerebro a captar un concepto de dignidad de la persona humana. No captaba lo que yo le estaba diciendo. Dejé de conversar con ella, le di un abrazo muy fuerte con mucho cariño y con mucha tristeza. Yo había escuchado lo que ella quería hacer con su vida, ella me contó sus confidencias...

Otro día la muchacha que nos cocinaba, tenía 18 años, estaba conversando conmigo y le había tomado mucho cariño. Estaba todo el día con nosotros cocinando, y ese día, estando en la casa conversando me dice: «padre, quiero contarle algo; yo quisiera suicidarme». ¡Golpe fuertísimo! Lo que me estaba diciendo eran cosas, no eran cifras de un documento como yo había leído antes durante mi formación, eran personas que yo quería que me estaban diciendo cosas tremendas como esa. Me dice «yo no me suicido por miedo a irme al infierno». Ella era muy religiosa. Yo le digo: «¿no te hace ilusión un noviazgo, un matrimonio, unos niños?» «Para qué, ¿para traerlos a este barrio? Mejor me muero». Fue algo durísimo para mí escuchar aquello. Una joven comenzando a vivir, para quien la vida es insoportable, tanto, que desea quitársela, pero no puede por razones religiosas, pero lo que quiere es quitarse la vida. Sus padres están desempleados, sus hermanos están desempleados, sus tíos están desempleados, sobre ella caía el peso de toda la familia y estaba angustiada, desesperada. Así fui teniendo yo cada día choques con aquella realidad. No me afectaban las reflexiones y pobreza en la que vivíamos, tenía yo en mi cuarto una lamparita de queroseno, podíamos leer perfectamente, en la cocina había una lámpara grande de queroseno que alumbraba muy bien, no había ningún problema. Mi problema era el de la gente; todos los días ya después no quería salir a la calle porque ya no aguantaba tanto sufrimiento, porque les tomé cariño... Todos mis sentimientos... y se fue haciendo como una obsesión: esto es INSOPORTABLE, NO SE PUEDE SOPORTAR, no se puede soportar la pobreza de la gente en América Latina, hay que hacer lo que sea necesario para que esto cambie, es insoportable. Cada vez se me hizo más insoportable a mí ver el dolor, el sufrimiento, la tristeza, la falta de seguridad, la falta de esperanza, todo lo que allá sucedía todos los días, como única cosa segura, todo era inseguridad menos una cosa: Nada va a cambiar, de eso están seguros, y no había en el panorama del país ningún proceso, ninguna persona, para que ellos pudieran pensar que aquello iba a cambiar algún día: sufrir, sufrir y sufrir.

Tuve otra experiencia de tipo religioso, esta fue una experiencia humana de lo insoportable que es la pobreza. La otra experiencia fue comprender que el Dios que se revela en Jesús, en el Evangelio, es un Dios amigo de los pobres, que anduvo siempre rodeado de los pobres. Mateo les llama “*Oclos*”, la multitud, no porque fueran muchos sino porque eran pobres, de los pobres que siempre andaban con Jesús, sus amigos. Nosotros nunca vimos a Jesús en los Evangelios conversando con alguno de los

saduceos, que eran la gente de dinero de entonces, nunca lo vemos conversando con un sacerdote, con un sumo sacerdote, lo vemos discutiendo con fariseos, pero en una conversación nunca con ellos. Entonces mi experiencia fue que si yo quería llegar a Dios, no lo podía hacer en un salto olímpico directo, sino que tenía que hacerlo a través de aquella gente, a través de los pobres. Para que no me cayera la frase del evangelista San Juan que dice que el que afirma que ama a Dios a quien no ve y no ama a su hermano a quien ve, es un mentiroso. Yo no quería ser mentiroso, quería ser honesto y para ser honesto tenía que caer en la cuenta que para llegar a Dios lo tenía que hacer a través de los prójimos, a través sobretodo de los más pobres. Esa fue una de las dos vivencias de mi Tercera Probación. La primera cómo llegar a Dios y la otra la pobreza insoportable, no se puede aceptar, hay que hacer algo.

Llegó el final de mi período de nueve meses, adolorido de tantas experiencias tristes, me despedí de mis vecinos, no me querían dejar salir, no me querían dejar regresar a Centroamérica. Yo ya tenía el destino que el Padre Provincial me había comunicado para ir a trabajar a la Universidad de Centroamérica, la UCA de Managua, ese era mi destino. Y no me querían dejar marchar, ellos querían que yo me quedara. Entonces se me ocurrió decirles: «yo me tengo que ir pero voy a dejarles algo mío, quiero dejarles un juramento, quiero dejarles el juramento de que en lo que me queda de vida quiero dedicarla a trabajar por la liberación de los pobres y a luchar por la justicia, por amor a ustedes. Este es mi juramento, esto es lo que yo quiero dejarles a ustedes mío». A ellos les pareció lo que yo estaba diciendo muy bien, de tal manera que me dejaron salir y pude regresar a Nicaragua a trabajar en busca de la Iglesia. Para hacer rápida y breve mi explicación participé en toma de edificios, en huelgas de hambre, manifestaciones, todo en la línea del Mahatma Gandhi, el libertador de la India, con la lucha no violenta. Pero participé en todo, todo lo que sucedía en la ciudad del año 1970 en adelante, de tal forma que me fui dando a conocer en los medios de comunicación porque normalmente no habían... estas actividades: huelgas de hambre, toma de edificios, siempre por las causas de los pobres y por la justicia, entonces en todo lo que yo pude participar allí estuve presente. De tal forma que en el año 1973 me indican desde la Universidad que hay un dirigente de la revolución sandinista, un comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional, que quiere mantener una entrevista secreta conmigo. Yo acepté, ellos estaban luchando por la liberación del país de la dictadura somocista, yo también, y estaban luchando por construir un país a favor de los

pobres, y yo también. Entonces, por supuesto, que era una cosa muy peligrosa porque ellos estaban siempre amenazados de muerte, en cualquier momento. Donde podían descubrir a alguno de ellos lo mataban. Además había una forma de tratarlos a los miembros del Frente Sandinista por parte del gobierno, de parte de la empresa privada, sectores poderosos y de parte del gobierno norteamericano, como grupo marxista, leninista, terrorista, ateos, gente mala. Estábamos en plena guerra fría, estaba un bloque, los EEUU, con toda la gente buena, todo lo bueno estaba en EEUU, en Occidente, y luego estaba la Unión Soviética, con Moscú, donde estaban los malos, con los países socialistas de Europa del Este, Cuba... los malos. Comunistas, marxistas, terroristas... entonces uno de este grupo quiere hablar conmigo, yo voy, se llama... Marcos, me pide, en nombre de los dirigentes de la Revolución, que desean que yo participe con ellos. En ese momento yo me hice la única pregunta que para mí era importante. Ya había tenido yo en esos tres años toda una serie de reflexiones en un proceso doloroso sobre el paso de aceptar, como única vía la lucha no violenta a aceptar, la realidad de que en Nicaragua no había ninguna salida que no fuera la lucha armada. Ese día, cuando Marcos me dice que yo pase a ser uno de ellos yo me hago la única pregunta: qué quiere Dios que conteste a esta propuesta. A mí no me importa lo que los norteamericanos digan y esta gente, ni el gobierno Somoza, gobierno criminal, genocida, dictatorial, lo que ellos digan de esta gente. A mí Marcos me está diciendo: mira, ayúdanos a ayudar al pueblo de Nicaragua. Entonces a mí se me vino una parábola de Jesús, yo me quedé en silencio, la parábola del buen samaritano. Recuerdan ustedes, Jesús nos dice que había un hombre que iba caminando, lo asaltan en el camino, le roban, lo dejan malherido en el camino. Dice Jesús que venía un sacerdote por el camino, el sacerdote vio al herido y siguió por otro camino. Dice Jesús que detrás venía un levita del grupo sacerdotal encargado del culto en el templo. Dice Jesús que vio al herido y se fue por otro lado. Yo digo a lo mejor tenían cosas muy sagradas que hacer, la cosa es que prefirieron hacer esas actividades que atender al herido que estaba allí tendido en el camino. Dice Jesús que detrás venía un samaritano, los samaritanos recordemos que eran odiados por los judíos. Desde la invasión de Asiria ellos se cruzaron con los asirios, se mezclaron, tuvieron matrimonios con los asirios, desde entonces los judíos los rechazaban completamente. Entonces los samaritanos, como no podían acudir al templo de Jerusalén, edificaron su propio templo en el monte Garizim. Pues dice Jesús que en el camino venía un samaritano que vio también al herido, pero se detuvo, comenzó a curarlo con aceite, con vino, comenzó a curar las heridas, luego lo montó en

su caballo y lo llevó a una hospedería donde dejó dinero para que lo siguieran curando hasta que él llegara. Es que le habían preguntado “Quién es mi prójimo” y Jesús contestó con esa parábola y le dijo: Jesús le dice ¿quién de estos es el prójimo? El que tuvo misericordia. Bueno, vete, haz tu lo mismo.

Entonces pienso que Jesús me está diciendo, no conteste en la forma en que actuó el sacerdote: yo no tengo nada que ver con esto, soy sacerdote, soy jesuita, tengo muchas cosas sagradas que hacer. Primera lección: no quiere que conteste como el sacerdote, segunda lección: no quiere que haga como el levita, que diga: yo no puedo participar en lo que ustedes están haciendo ayudando al pueblo de Nicaragua contra la dictadura y contra la pobreza, porque tengo cosas muy sagradas que hacer y me voy. Yo lo veo todo claro, veo claro que Jesús me dice: ve en la línea de lo que hizo el samaritano: ayuda a esta gente a ayudar a los pobres de este país. Esa es la forma en que yo reflexioné. Yo no tenía un móvil, entonces no se usaban, para llamar a San Salvador desde Managua para preguntar al Padre Provincial: Paco ¿qué hago? Yo tenía únicamente mi reflexión para poder tomar una decisión. Entonces le dije a Marcos: decidles a tus compañeros que cuenten conmigo. Yo voy a participar con ustedes. Entonces me dijo: desde ahora tu nombre será Justo. Me gustó que al bautizarme, para mi nombre de combate usara el nombre Justo, porque me pareció que comprendía perfectamente que mi motivación era la justicia y por eso me ponía como nombre Justo. Lo llevé todo el tiempo que estuve con la Revolución, mis cartas a los dirigentes siempre iban firmadas con el nombre Justo. Si estas cartas caían en manos del ejército con mi nombre yo caía frito, me mataban ese mismo día.

Entonces empecé a hacer mi trabajo en la Universidad, en la Iglesia y en la sociedad por la revolución. Me dijeron: «en la montaña hay mucha gente de 18 años, muy buenos combatientes, pero esos jóvenes de 18 años no pueden hacer lo que tú haces en la Universidad, en la Iglesia o en la sociedad. Esos jóvenes van a seguir allá en la montaña y tú queremos que sigas haciendo lo que estás haciendo». Entonces comencé a participar en la Revolución. De lo que hice en esos años solamente quiero contarles de pasada rápidamente una de las tareas que tuve que hacer. Me dijo Marcos un día: «hemos conseguido que el Congreso norteamericano te invite a una audiencia sobre el Presidente de la República, queremos que con la documentación que te vamos a dar lo denuncies al Presidente como ladrón, torturador y asesino». Yo le dije: «Marcos esta es

una misión importantísima, pero también es una misión peligrosísima porque yo he venido a Nicaragua a vivir con ese Presidente, pero acepto, yo voy a ir». Porque la importancia estaba en que el gobierno norteamericano daba ayuda militar al General Somoza, el Presidente, y entonces, con la ayuda militar a Somoza, la lucha guerrillera era mucho más difícil. Entonces estaban pretendiendo que con mi presencia en el Congreso norteamericano, el Presidente Jimmy Carter cortara la ayuda militar al Presidente Somoza, cosa que se logró, se logró.

Yo a mi comunidad les conté antes de ir a Washington que me habían dado esta misión. Mi comunidad me dijo: «es una misión importantísima, muy peligrosa pero tienes que ir». Pensaron exactamente igual que yo. Yo fui, estuve en el congreso norteamericano varias horas denunciando con documentos al Presidente General Somoza, Presidente de la República de Nicaragua, por ladrón, asesino y torturador. Esto dije y el presidente Jimmy Carter ... sería absurdo porque vio todos nuestros informes, todas nuestras gestiones... El Presidente Jimmy Carter cortó la ayuda militar: nada de tanques, nada de aviones, nada de fusiles, nada de municiones, cortó completamente toda la ayuda militar y la guerrilla siguió recibiendo ayuda de América Latina. El 19 de julio de 1979 fue el gran triunfo de la Revolución Sandinista. Se pueden imaginar la alegría que yo tuve de ver que el primer objetivo de nuestra lucha se estaba consiguiendo, primero quitar el obstáculo nuestra dictadura, para luego transformar el país a favor de los pobres, la alegría, el entusiasmo... me parecía que ya me podía morir, me pareció que había visto ya cosas tan importantes que ya me podía morir tranquilo, porque con ver como había caído la dictadura, como salió huyendo el presidente hacia Miami con los generales, y el ejército se dispersó a Honduras, a Costa Rica... Pero a los dos o tres días yo volví a mi comunidad, oigo por la radio, la noticia voy oyéndola, que me han nombrado a mí embajador en Washington, embajador de Nicaragua en Washington. Casi choco del susto, me faltó la respiración, me tuve que parquear para respirar profundamente y yo dije, yo no puedo aceptar este nombramiento, no puedo aceptar, como sacerdote jesuita yo quiero vivir junto al pueblo, trabajando por el pueblo pero no en una misión diplomática, en medio de brindis y de cócteles...., eso no es para mí.

Entonces cuando llegué a mi casa escribí unas cartas a los dirigentes diciéndoles que había sido muy disciplinado siempre, pero si querían a alguien en Washington que

me pegaran un tiro y me llevaran así muerto, que vivo no iría. Radicalmente no acepté. Cuatro o cinco días después me nombraron para dirigir la campaña de alfabetización de Nicaragua, para alfabetizar a todo el país que tenía más de la mitad de personas analfabetas y me encargan a mí que organice una gran campaña. Eso fue la famosa cruzada, esto es lo mío. Para ir abreviando no les contaré la cruzada, podría dar una charla solo sobre eso porque fue bellissimo, sobretodo la entrega de los jóvenes que se fueron a vivir a la montaña, 60 mil de ellos, sin comercio, viviendo cada uno en la casa de una campesino, con grandes limitaciones y pobreza, sin comercios, enseñando a leer y escribir a los campesinos, con una constancia, una valentía, un coraje, porque la contrarrevolución amenazó con matar si seguían alfabetizando, mataron a una jovencita con el mensaje: «si no regresan todos les vamos a matar a todos». Una jovencita Marta Lorena Vargas, la única culpa: el haber estado enseñando a leer y escribir. Nadie se movió en la montaña, los jóvenes siguieron firmes, firmes, enseñando a leer. Después mataron a otro con el mensaje de que ahora sí iban en serio, «si no se regresan los matamos a todos». Mataron a otra, nadie se movió, mataron a otra y así hasta siete. Nadie se movió de su lugar, hasta que la contrarrevolución se cansó porque vio que estaban matando gente pero nadie se movía, todos firmes, dando su clase diaria. Fue una maravilla de amor, de entrega, de compromiso, de ideales..., maravilloso, maravilloso, eso quedará para siempre como una hazaña de la humanidad, de un sector de la humanidad, hasta dónde puede llegar la humanidad cuando se entrega. En la historia ha habido momentos gloriosos de cómo la gente ha hecho cosas bellas, santas, nobles, fuertes, grandes, eso fue una de ellas: la gran cruzada nacional de alfabetización.

Pero por razones difíciles de comprender los obispos de Nicaragua estaban en contra de nuestra participación en la revolución. Yo creo que desconocían lo que era la revolución, quienes estaban allá, cómo eran sus dirigentes. También había muchos prejuicios sobre las revoluciones que existían sobre Europa del este y Cuba. Había indudablemente en esos países experiencias que no eran positivas. Yo comprendo que esas experiencias negativas que se daban en esos países donde no todo era positivo, creaban una actitud en contra de un cambio, de una revolución; la cosa es que nos empezaron a amenazar que dejáramos la revolución, porque éramos varios trabajando. Estaba mi hermano Ernesto, el poeta, era ministro de cultura, estaba el padre Miguel Descoto que era ministro de... y el padre Héctor... y yo estaba en la Cruzada. Después

pasé a trabajar 4 años con la juventud sandinista, la juventud de la revolución, no era un cargo del gobierno sino del partido.

Nos amenazaron, nos amenazaron y nos amenazaron. Luego nosotros en nuestras reflexiones en mi comunidad, cada uno por su cuenta, fuimos viendo que había razones en la conciencia que nos decían: sigue adelante con los pobres. Yo llegué a elaborar una objeción de conciencia muy clara. En mi conciencia para mí, lo que quería es que yo siguiera con los pobres, en ese momento era la forma coronaria de trabajar en la revolución. Lo comuniqué con mi comunidad jesuítica, ellos me apoyaron, creyeron que mi objeción era correcta y que podía trabajar en cosas de gobierno y participar en partidos políticos. A cada uno de nosotros nos parecía que eso obligaría a mucho, pero queríamos una excepción por el caso que se estaba dando por única vez en la humanidad: una revolución con una profunda y amplia participación de cristianos, en Nicaragua, primera vez. Todas las revoluciones se habían hecho o sin los cristianos, o a pesar de los cristianos, o contra los cristianos. Esta era la primera que se hacía con una profunda y amplia participación de los cristianos. Lo que significaba estar allí, mover aquello, facilitar que todo caminara bien, ayudar a que se enderezara todo, de una manera recta, honesta, justa, dennos una excepción temporal, no podemos dejar... esto en un momento histórico de América Latina... No se aceptó. Llegó al Vaticano, el Vaticano apoyó la posición de los obispos y se llegó a la situación de que en la Compañía de Jesús el que hasta ahora era el Padre General, el Padre Kolvenbach, se vio en la obligación de expulsarme de la Compañía de Jesús, porque la presión del Vaticano era muy fuerte. Yo decía: «yo no voy a salir de la Compañía de Jesús, yo no tengo ninguna razón para dejar de ser jesuita, tendrán que sacarme, yo no me voy de la Compañía de Jesús». Me miran... Yo digo: «tengo dos grandes amores, tengo mi amor a la vocación religiosa, mi amor a los pobres, ustedes me dicen que escoja uno, ustedes me quieren destrozarse como a los primitivos cristianos que les ponían un brazo a un caballo, le daban latigazos al caballo, y el caballo los destrozaba. Me quieren destrozarse. Yo quiero vivir ambos amores, pero miren, no se puede». Con todo respeto, con todo cariño el Padre Kolvenbach me tuvo que expulsar. Yo le pedí una cosa, una cosa que nadie se esperaba: permítame vivir en una comunidad de jesuitas aunque ya no lo sea, quiero seguir viviendo como jesuita, es la vida que yo quiero llevar. Entonces el me dijo que me arreglara con el Padre Provincial, con el Superior de la Comunidad. Por supuesto que aceptaron inmediatamente. Yo me quedé en esa comunidad sin ser jesuita

ya, no un día, no una semana, no un mes, no un año, doce años, doce años viviendo como jesuita sin ser jesuita, único caso en 460 años de la Compañía de Jesús. Hasta que el año 1990 que pasé por Roma, me dijo el Padre Kolvenbach, que acababa de dejar de ser Superior General de la Compañía de Jesús: «estuve revisando su expediente y encontré en usted una auténtica objeción de conciencia y unido a esto su testimonio de vida hacen que yo desee que usted regrese a la Compañía de Jesús». Después de doce años, hice el noviciado, como cualquier novicio, un año de noviciado, hice los votos y después de tres años hice los últimos votos y ahora soy legalmente jesuita con todas las de ley.

Entonces yo quería decirles que en mi vida hay muchos acontecimientos como para contar muchas cosas durante varias horas. Lo fundamental sería que creo que Dios estuvo grande conmigo, me mantuvo, a la hora de la expulsión, lo normal, aunque ya no era joven, pero todavía podía fundar yo una nueva familia, lo normal es que yo tendiera a fundar una nueva familia y siguiera con la revolución. No hice eso, me quedé viviendo en la Comunidad y gracias a eso el Padre General se sintió movido pues a querer él que yo entrara de nuevo en la Compañía de Jesús.

Entonces yo quisiera terminar dando gracias a Dios, que en momentos muy difíciles, en momentos de peligro, estuve a punto de ser asesinado por el ejército, otros murieron a mi lado, fundamos en la Universidad en la primera etapa, el Movimiento Cristiano Revolucionario. Hubo muchachos y muchachas asesinados por el dictador Somoza, gente maravillosa, bellísima, fantásticos, luego también en la lucha sandinista, en esa guerra que organizó el gobierno norteamericano contra nuestro gobierno, hubo muchos muchachos que murieron también. Yo nunca estuve en el campo de batalla, pero estuve con el Movimiento Cristiano Revolucionario en las calles con ellos y pude averiguar todo, y luego en otro momento también de la lucha contra la dictadura no morí, podríamos llamar por casualidad, por providencia, por milagro, la cosa es que el Señor estuvo siempre a mi lado, me dio fuerzas, y quiero decirles que me dio siempre una profunda alegría, que yo pude a los 38 años de mi juramento en Medellín seguir cumpliendo hoy, como en años anteriores, con el juramento que les hice a mis amigos pobres, de dedicar mi vida a la liberación de los pobres y a la justicia. 38 años de estar cumpliendo, y hoy sigo cumpliendo este trabajo. El lunes yo marcharé hacia Nicaragua

y seguiré trabajando con los pobres cumpliendo el juramento que me ha traído profundas satisfacciones.

Yo me acuerdo como de una cosa simbólica en una toma de catedral que hicimos, para sacar a unos estudiantes que estaban siendo torturados en la cárcel, estudiantes de la UCA, tomamos la catedral con 100 estudiantes en huelga de hambre, fue espectacular. Y yo dormía en la noche en el presbiterio, sobre el mármol, con un gran calor porque teníamos todo cerrado para que no entrara el ejército, un calor espantoso. Yo dormía plácidamente sobre el mármol, dormía mejor que en mi casa, con un colchón de la marca Luna que son los mejores de Nicaragua, con aire acondicionado, todo tranquilo para dormir perfectamente y yo dormía mejor en la catedral sobre el piso porque me sentía que estaba haciendo algo por la justicia, por jóvenes que estaban siendo torturados, yo estaba participando en una cosa peligrosa porque el ejército podía sacarnos, como lo hizo otras veces, a balazos y yo allí sobre el mármol dormía delicioso porque mi alegría era mayor que la incomodidad, mi alegría de estar haciendo algo por la justicia.

Y así a lo largo de los años de contradicciones, yo les he contado los cinco años de represiones por parte de los obispos y el Vaticano. Cinco años de guerra civil, de problemas, de amenazas, de peligro... sin embargo yo tengo que decir a Uds. que la alegría, el entusiasmo, la ilusión siempre estuvieron presentes en mi vida y eso solo puede ser dado por el Señor, porque en problemas tan grandes en los que me enfrentaba a un general Presidente de la República, un criminal, a su ejército, veo los problemas internos, todo lo que suponía la lucha de la revolución, la lucha contra el dictador, la presión de los obispos, la presión del Vaticano, todas esas cosas juntas eran un cóctel explosivo. Yo quiero decirles que si hay algo que pueden sacar de la experiencia de lo que yo he vivido es que hacer la voluntad de Dios, entregarse a algo que Dios quiere, los "Ocios", las multitudes, los pobres que le rodeaban, trabajar por ellos, te produce de parte del Señor una profunda satisfacción, una plenitud que te llena completamente. No hay alegría más grande que sentirse que estás trabajando por los amigos de Jesús. Dice San Ignacio de Loyola: «la amistad de los pobres gana la amistad del gran Rey y esa amistad te trae paz, consuelo y alegría» y mi vida que fue de 22 años de militancia, trabajé por la revolución 22 años, toda esa vida la puedo resumir diciendo: paz, alegría, entusiasmo, ilusión, plenitud. Eso no puede ser obra de nadie más que del Señor. Quiero

dar aquí mi testimonio de que creo en ese Jesús que estuvo vivo en mí, que ha estado vivo en mí y en los pobres y que en ellos está vivo también. El que yo quisiera seguir viviendo como religioso, eso es obra de Dios completamente, ¿cómo se puede explicar humanamente? Te expulsan, estás fuera, no estás ligado con nada y Dios me daba un amor más grande que los otros amores que se me ofrecían, me da un amor más grande para seguir viviendo como si fuera religioso. No tiene ninguna otra explicación. Yo estudié filosofía y estudié las cinco vías para explicar la existencia de Dios en Santo Tomás de Aquino, que son muy fuertes, son cinco vías para demostrar la existencia de Dios, tienen gran fuerza filosófica. Para mí más que esas cinco juntas, el hecho de que yo haya experimentado que Dios estaba vivo en mí. ¿Para qué necesito razonamientos para demostrarme que Dios está vivo allá en las nubes si yo he experimentado que mi vida no tiene explicación si no es porque Dios está vivo en mí? Como se puede explicar tanto sacrificio, tanto peligro Y todo dentro de alegría, entusiasmo, ilusión. Es decir, tantas renunciaciones que tiene uno en la vida religiosa y en la vida revolucionaria también, juntas las dos, no tiene sentido. Por ejemplo uno puede ser admirador del Che Guevara, admirador, sí, pero es un amigo, no está en mí, es una persona a la que yo admiro por su entrega revolucionaria honesta, sincera, pero ¡él no está en mí! Yo no tengo fuerzas por lo que dice, pero sí que puedo decir que en muchísimos pasos de mi vida la presencia de Dios fue clarísima.

Termino ya diciendo que les doy mi testimonio de que creo en Jesús porque está vivo en nuestras vidas y además quiero decir que Jesús está vivo en cada uno de ustedes porque cada uno de ustedes es un ejemplo de que Jesús está vivo en ustedes, sino no estarían hoy aquí. Si ustedes han venido hoy es porque tienen algo aquí adentro, en el corazón, y están buscando algo más para completar a través de mis pequeñas palabras, han creído que tal vez yo les podía ayudar y han venido. Ustedes están aquí porque Dios está en sus vidas. Sigamos creyendo en este Jesús, únicamente pongamos todo el empeño en hacer que Él sea cada vez más grande en nosotros. ¿Hasta dónde? Hasta llegar a ese límite como dice San Pablo: «Ya no vivo yo, sino que Jesús vive en mí» Jesús está en ustedes, háganlo crecer, que a través de la imitación, a través de la amistad, Cristo viva en las vidas de ustedes. Eso es lo que yo les deseo desde lo más profundo de mi corazón. Hemos cumplido el tiempo exactamente. Muchas gracias. (Aplausos) Muchas gracias. Espero que mi vida les haya ayudado.